

# **LOS OJOS DEL LOBO**

CARE SANTOS

Premio Gran Angular 2004



*Hay personas –entre las que me cuento– que detestan los finales felices. Nos sentimos engañados. El mal es la norma.*

VLADIMIR NABOKOV, *Prin*

*No se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla, añadiéndole algo.*

MARIO VARGAS LLOSA,  
*La verdad de las mentiras*

## PRIMERA PARTE: ACECHO

## Laura

Inés no ha sabido entenderte. No es que te den miedo esos tíos, como ella dice, es que no quieres líos. Prefieres decirles que no, alto y claro, y marcharte a casa si es necesario, antes que seguir hablando y dejarles que imaginen que tienen alguna posibilidad contigo. A Inés le gusta coquetear, y eso le ha traído más de un problema. Ella lo sabe pero ni así escarmienta. En cuanto ve que alguien le tira los tejos se vuelve la más simpática del mundo y se olvida de todo lo demás. Luego se burla de ti. «Solo tienes ojos para Nacho», suele decirte.

No es que Julio y sus amigos sean malos chicos. Hace unos pocos años estudiaban en vuestro colegio. Eran mayores, más que tú y que tu hermano, y algunos estaban siempre buscando problemas. No había bronca en la que no participaran. Luego se pelearon. Julio y esos dos –no recuerdas sus nombres– dejaron de estudiar. Uno es mecánico, te pa-

rece, porque una vez tu padre te dijo que le había visto en un taller del pueblo. Hacía mucho que no sabías nada de ellos hasta que Inés se puso a flirtear con toda la pandilla.

Inés y tú siempre discutís por lo mismo. En las discotecas, sobre todo. Ella empieza a mirar con insistencia al primero que se le pone por delante. Dice que no busca nada, pero no hay ni uno que lo entienda. Cuando llevan un rato de cruce de miraditas incendiarias, lo normal es que el chico se acerque. Entonces Inés se hace la ofendida, o la que no sabe nada o la a-mí-qué-me-cuentas. Y si las cosas se ponen feas, te pasa a ti la patata caliente:

—Es que a mi amiga le sonaba de algo tu cara.

Algunos de esos ligues frustrados pretenden entonces probar suerte contigo. Y mira que se lo has dicho veces...

—No me metas en tus asuntos amorosos, Inés.

Pero ella, ni caso. Con suerte, se burla de lo de siempre: de Ignacio y de lo colada que estás por él. Y siempre insiste e insiste: que le olvides, que no te merece, que es un idiota que solo se acuerda de ti cuando te necesita (es decir, cuando se pelea con su novia de turno), que tienes muy mal gusto para los chicos y bla bla bla. Tal vez tenga razón, lo sabes aunque nunca te hayas atrevido a decírselo, pero qué le vas a hacer, nadie manda en tus sentimientos.

Inés lleva muy bien eso de ser la loca de la clase. Tú, en cambio, llevas fatal lo de ser la seria, la moderada, la responsable. En una palabra: la sosa. Crees que a Nacho no le acabas de gustar pre-

cisamente por eso, aunque un poco sí le gustas, eso lo notas hasta tú, a pesar de que Inés se empeñe en decir siempre lo contrario. Qué sabrá ella. No estaba con vosotros las veces que os quedasteis a solas para hablar, ni aquella vez que te besó de-no-sabes-qué-manera, porque sentiste electricidad en la espina dorsal.

Qué más da. Tú estás dispuesta a esperar hasta que Nacho se decida, aunque tarde mil años. Nunca vas a querer a nadie como a él, de eso estás más que segura, y algún día se lo dirás muy en serio, aunque Inés reviente del enfado. Mientras tanto, no puedes compartir esa forma de ser que parece empujar a tu amiga a buscar guerra. Es por eso por lo que en más de una ocasión te ha tocado desempeñar el papel de aguafiestas. Como hoy, sin ir más lejos, cuando le has dicho al oído:

—Vamos a casa, estos tíos no me gustan.

Estabais frente a la churrería y la mujer de detrás del mostrador se ha dado cuenta de todo. Permanecía muy atenta, a esas horas no tenía nada más que hacer. A nadie en la feria le apetecía comerse unos churritos, o unas patatas, y ella se estaba planteando echar el cierre antes de tiempo, aunque esta sea la última noche de las fiestas patronales. A la fuerza la mujer ha tenido que ver el momento en que Julio y sus amigos empezaban a ponerse demasiado pesados. Querían que los acompañarais a su casa. Iban un poco borrachos. No hacían más que decirte lo bien que te sienta la minifalda vaquera. Inés le quitaba importancia:

—Vamos, solo están un poco alegres, nos lo pasaremos bien.

Pero tú no tenías ganas y, además, la gente borracha te pone nerviosa. No se puede hablar con ellos, no entienden, no razonan, se ríen todo el tiempo de cosas que no tienen ninguna gracia y se convierten en todo lo contrario de lo que tú buscas en las personas.

«Menos en Nacho», añadiría Inés, con su habitual retintín.

Es como si pudieses oírla, caminando a tu lado en este preciso momento, elevando su voz sobre las sirenas de las atracciones, sobre este rumor como de mar lejano que llega de la feria, y sobre el rugido del coche que avanza por esta misma calle, exactamente igual que hace un momento, antes de que os separarais con un «hasta mañana» más bien seco: veníais discutiendo. Tú le decías que no te gusta su manera de comportarse ante chicos a quienes no conoce de nada. Ella te reprochaba ser demasiado aburrida cuando de lo que se trata es de pasárselo bien.

—Pero es que yo no me lo paso bien con esos —has dicho.

De inmediato has notado su cambio de actitud: un rictus de seriedad, un mohín contrariado que sabes bien lo que significa: enfado. Y de los grandes. Habéis seguido juntas por las calles de costumbre hasta la esquina donde siempre os detenéis a charlar un rato. A veces demasiado, porque se os hace tan tarde que ya están vuestros móviles sonando; vuestras madres requiriéndoos para la co-

mida, para la cena o para el recado que corría prisa. Hoy no hay conversación en la esquina, tan oscura como de costumbre. Tampoco son las mismas horas de siempre: hoy es más tarde. No lo suficiente para que no haya una despedida a la altura de vuestras circunstancias. Sin embargo, hoy el enfado –más de Inés que tuyo– da al traste con todo. Os despedís escuetamente, parece que hay una última tentativa por tu parte de decirle algo que no le has dicho todavía, de pedirle que olvide vuestras diferencias, pero no lo haces. Te limitas a un adiós breve y rápido y a un enfilarse la calle de la derecha, la que lleva hasta tu casa. No tiene sentido volverse a mirar a la amiga que se va en otra dirección, pero aun y así lo haces, aunque sabes que ya no podrás verla. Piensas:

«No importa, mañana hablaremos».

Y echas a andar a través de la oscuridad, dejando cada vez más lejos el tumulto de la feria y sin percartarte de que el rugido del motor se acerca. Piensas en Julio y sus amigos, en que quizá te has mostrado demasiado severa cuando, tal vez, no era para tanto. Siempre te pasa lo mismo, al final Inés consigue hacerte dudar. No estarás tranquila hasta mañana, cuando ella te haya perdonado este fin de fiesta sin diversión; hasta que habléis y la sientas menos distante que hace un momento. Piensas en Nacho y te preguntas por dónde andará, en qué punto de la sierra estará en este mismo momento, mirando a este mismo cielo, o tal vez no, porque la lona de la tienda de campaña tal vez no le deje ver todas estas estrellas. Tal vez allí donde hayan

acampado, él y los niños a los que guía por el monte, no les toca sufrir este calor horrible.

De pronto suena tu móvil. Sabes de sobra quién llama. Descuelgas después de echarle un vistazo a la pantalla iluminada –un pequeño faro en esta negrura– y no esperas a que te diga nada para contestar:

—Ya voy, mamá. Cinco minutos.

En ese preciso momento el coche que recorría la calle tras de ti parece apresurarse. Es difícil reconocer el camino en esta oscuridad, hay que conocerlo muy bien. De pronto presientes que los que viajan en ese automóvil deben de haberse perdido. Incluso te parece que se acercan con la intención de preguntarte algo, acaso de recibir instrucciones para salir de este laberinto de calles que conducen a tu casa, y también a casa de Inés.

El coche es oscuro, no sabes de qué marca. Al joven que baja de él no le conoces de nada. Estás segura porque no olvidas una cara. No te gusta cómo te mira y por eso echas a andar en dirección a tu casa. La verja ya se ve a lo lejos. Intentas localizar el móvil en el bolso, pero cuando lo consigues ya es tarde.

El primer golpe te aturde y el segundo te ciega. Todo sucede muy deprisa. El dolor es más intenso que nada que hayas experimentado antes. Alguien grita en el coche pero no entiendes lo que dice. Sientes la tapicería rugosa y sucia del asiento de atrás. Estás sangrando. Aquí hay otra persona. Habla como si tal cosa, como si todo estuviera en orden. Las ruedas chirrían sobre el asfalto. No sabes

dónde está tu bolso. El móvil ha caído sobre la acera, manchado de sangre. Tu sangre. Dentro de cinco minutos volverá a sonar. En la pantalla se leerá claramente: «Casa», pero ya no estarás para responder. Al otro lado, tu madre colgará, tendrá un negro presentimiento y, de inmediato, llamará a la Guardia Civil.